

¿Y si nuevamente hacemos el esfuerzo de aprender a leer produciendo significado?

¿Qué rasgos definen, vinculan, y marginan el mundo escribal, el oral y el electronal? El autor de este ensayo recorre e identifica los rasgos y paradigms que marcaron la configuración de lo escribal en nuestro medio y su desvinculación o desconexión de la cultura oral. El mundo oficial se generó al margen de un sistema marcado por el contacto con el otro, la gestualidad, la metonimia, la empatía y faticidad permanentes. En esta línea, lo electronal se propone como un escenario que establece vínculos con la oralidad; el pensamiento sensorial múltiple evidencia un nuevo universo semántico. “La electronalidad nos devuelve a los discursos sin fin”. Zapata establece una propuesta vital: “La escribalidad no penetró en el Perú. Precisamente por la existencia de una cultura oral que hoy encuentra un aliado estratégico en la cultura de la electronalidad. La cultura de la oralidad y la metonimia han neutralizado la cultura de la escribalidad y la metáfora. La electronalidad debe servir, a partir de una oralidad argumentada y razonada, para no detenernos en el Siglo XIX”. Se presenta entonces la necesidad de replantear nuestros modos de producir sentidos y de interpretarlos, un nuevo modo de aprender a leer.

Eduardo Zapata Saldaña

La previsibilidad de la escribalidad es más que evidente. Los sonidos en el occidente se hicieron inevitablemente visibles a través de las grafías (por lo menos eso supusimos, porque no es cierta tal exacta correspondencia). Y las semejanzas objetivadas por el modo de producción metafórico admitieron duplicaciones exactas, certificables por la visión. Así, las propias sociedades escribales se volvieron metáfora de sí mismas y resultan altamente previsibles. En sus enormes fortalezas y aun en sus claras debilidades.

Un mundo, aquel escribal, enormemente autocoherente. Que había deificado el ELLO objetivado y privilegiado el modo de producción metafórico. Allí donde veíamos nos veíamos siempre a nosotros mismos y hasta los llamamos prójimos, no por proximidad sino por semejanza. Y las certidumbres de la racionalidad se hicieron cada vez más ciertas. Por la vía de la racionalidad y de la objetividad –todo ello basado en un ELLO objetivado que alimentaba la semejanza- las sociedades escribales se vieron en sí y en las otras como un universo. Y de allí una uni-versalidad. Un solo verso, aun para los otros.

Todo este mundo de semejantes, cabe señalarlo, difícilmente puede decirse que se inició antes del Siglo XII en Occidente. Como lo señala Stock (Stock, 1983) ese siglo es el siglo de la transformación de la cultura oral en escrita. Pero si nos atenemos a tecnósferas, sociósferas e infósferas hallamos la escribalidad íntimamente vinculada a los procesos de industrialización en Occidente. La palabra escrita organiza allí un modo de producción y un determinado tipo de relaciones y configura la representación de un universo semántico.

Evidentemente es un abuso, por decir lo menos, pretender que algún o algunos siglos subsuman la larga duración de la Humanidad. Más, cuando esta escribalidad se revela, ahora sí, siguiendo a Greimas, entre la vida y la muerte. Como lo hemos señalado,

marginal y minoritaria respecto a los universos semánticos de la oralidad y de la electronalidad.

Como lo sostiene el profesor Albert d'Haenens: *“La durèe sociogènétique n'est plus monopolisèe par la rèference a l'origine et su passè, tellu qu'elle est suposèe par l'analyse historique classique...”*. Entonces, la historia, ciencia escribal, tiene poco que decir sobre las sociedades orales y electronales. Porque su objeto de estudio y su metalenguaje surgieron de la escribalidad.

Dumas, Dickens, Balzac en el Siglo XIX. El mismo Proust ya en el Siglo XX. Todos nos habían construido la felicidad espiritual que Newton, Freud y Darwin habían cimentado con su impronta de la racionalidad escribal. Tanta fue la felicidad que perdimos el sentido de la duración.

Elucidar, en el sentido etimológico de iluminar, era y es indispensable en el recorrido de la Humanidad. Nuestra racionalidad escribal reemplazó la luz por la oscuridad mecánica de las leyes.

No podremos encontrar corredores de sentido entre los universos semánticos de la oralidad, la escribalidad y la electronalidad con un concepto de elucidación al que le hayamos arrancado, desde la escribalidad, su sentido etimológico de iluminación.

El sistema interior y anterior, la inmersión de un sistema lingüístico en el sistema cultural de la oralidad, la escribalidad o la electronalidad y el subsecuente privilegiamiento de la metáfora o la metonimia como mecanismos fundamentales de producción de significado no deben ser ignorados por el investigador. Ni en la conceptualización de la lengua objeto ni en su propio metalenguaje. A riesgo de perder la elucidación a la que hemos hecho referencia.

Como lo recordó Antonio Cornejo Polar –en un paralelo que nos honra y sobre el cual conversamos largamente en un Congreso, poco antes de su partida- la imagen de los sucesos de Cajamarca quedó grabada en el imaginario popular no como un encuentro de códigos, sino como la superioridad de uno sobre el otro. La lectura hecha desde la historiografía oficial de esta imagen, tan bien ilustrada por el cronista Guaman Poma de Ayala, pronto fue una lectura hecha desde una escribalidad “superior”. Allí estaban el Dios verdadero, la raza verdadera y, con el libro, la cultura verdadera. Allí estuvo la “ignorante” reacción de un hombre proveniente de una cultura inferior. Que no sólo creía en varios dioses, que no era blanco, sino que exigía que el libro presentado como instrumento superior de cultura- pronunciase las palabras que avalasen la Conquista.

Y eso era el Siglo XVI. Y aquel puñado de portadores de la escribalidad apenas si sabía leer y escribir. Pero eso no importaba. La larga duración de los hombres, para retornar al concepto sociogènético de Albert d'Haenens, empezaba brutalmente allí. En el imaginario que la escuela grababa en nuestra mente. La cultura de la oralidad, esa que venía desde muy atrás y que había de pervivir durante la Conquista y la República, enmudeció para el mundo oficial. Se hizo, en el mejor de los casos, y lo hemos dicho, tradición oral.

La imagen y semejanza propiciadas por el mundo escribal nos hizo medir nuestros intentos por ingresar al mundo de lo superior, por la matrícula escolar. Todos sabemos qué de poco significa la escuela en el Perú en cuanto propuesta de contenidos, pero ese indicador significaba y significa cuánto nos acercamos a la metáfora idealizada. El camino a la escribalidad.

Los Ministerios de Educación construyeron así -en clara manifestación de subordinación en orden a una metáfora culturalmente impertinente- acelerada y desacompañadamente, programas de alfabetización. Con resultados, en la relación costo/beneficio, muy pobres. Y se construyeron escuelas con primarias y secundarias donde una institución de los Siglos XVII y XVIII pervivía. Ya no eran los Austrias o los Borbones, eran los peruanos emancipados los que convirtieron la escuela en un tribunal de la Santa Inquisición de la escribalidad. Tal vez sin garrote ni hogueras. Pero con prisiones donde los redimidos eran superiores. Y los que por uno u otro motivo no alcanzaban la metáfora ideal resultaban marginados, expulsados por el sistema. Nuevamente inferiores.

No está demás decir que las propias universidades -ante el fracaso de la propuesta inquisidora de la escribalización- no tuvieron reparo en importar fórmulas de ingreso que podían medir todo, menos la capacidad de comprensión, lectura y sistematización. Es decir, la escribalidad. Siendo la institución universitaria, en Occidente, el epítome de la escribalidad, entre nosotros se convirtió en el simple punto de encuentro entre la oferta y la demanda. En el mercado.

Pero mientras eso ocurría en el mundo llamado oficial, el hecho social, económico y cultural en el Perú seguía marcado por individuos adscritos al sistema cultural de la oralidad. En el campo, pero también en la ciudad. Inferiores y discriminados, como desde Cajamarca, pero -a fin de cuentas y lo recordamos- construyendo una identidad deíctica de aquí y ahora, que encogía los hombros ante la discriminación. Por lo demás, esta cada día parecía provenir de fuentes más débiles porque los nuevos discriminadores no actuaban en nombre de Dios, ni siquiera simbólicamente; eran ya muchos “blaqueados” y tampoco sabían leer y escribir.

La discriminación desde el mundo oficial hacia la oralidad se hizo casi agónica. No se vaciló, entonces, en entrar a la modernidad y en transitar el sema dinero frente a no dinero, presencia de status o ausencia de este.

Frente a la tradición importada de la escribalidad, falsificada en Azángaro (Calle que se encuentra al costado del Palacio de Justicia en Lima y donde se falsifica todo tipo de documentos), iluminada por sofisticados reflectores, y actuada por pseudo-escribales, es decir frente al puro espectáculo, la cultura de la oralidad avanzaba y cercaba todos y cada uno de los espacios que se habían convertido en reducto de la inexistente escribalidad. Los actores andinos estaban allí, con su auténtica oralidad, pero muchos prefirieron seguir hablando de tradición oral, ignorando a los actores vivos y su cultura.

Pragmáticamente, y ya específicamente en la ciudad, muchos de esos actores sociales aprendieron a leer y escribir. Los Ministerios de Educación aplaudieron. Pero ya hemos señalado que lectura y escritura no son sinónimos de escribalidad. Y señalamos ahora que la funcionalidad del aprendizaje de la lecto-escritura poco tenía que ver con el universo semántico de la escribalidad. Incluso muchos símbolos de esta fueron penetrados por individuos orales y semialfabetizados. Algunos, ciertamente, traicionaron sus orígenes y

fingieron una escribaldad que les había sido siempre esquiva. Otros, rescataron para su cultura el espacio conquistado.

El eclipse de la metáfora en el Perú, si todavía alguien cree que alguna vez existió esta figura como predominante, era y es notorio. Como son notorios los esfuerzos desesperados de algunos por negarlo. ¿Cómo no seguir considerando como superior a un sistema cultural que, aun incapaz de producir un país viable, imitaba a imagen y semejanza un estadio superior marcado por Occidente?

De pronto, la superioridad asumida como sinónimo de competitividad, pero como ya vimos sobre todo de status, entró en crisis. Porque Dickens, Dumas, Balzac, y mucho más Proust, dejaron de ser referentes de los hijos de quienes sonrieron ante la ignorancia supuestamente reflejada en los sucesos de Cajamarca. Y es que en el proceso los mismos padres habían reemplazado la lectura de libros por colores de estos en los estantes. Habían reemplazado también, y confundido gravemente, información con conocimiento. Los mismos diarios que podrían haber sido expresión de escribaldad adquirieron caracteres gráficos *light* y una redacción tremendamente cercana a las oraciones yuxtapuestas coordinadas. Velo de la escribaldad. Advenimiento de un nuevo universo semántico.

Los juegos electrónicos, primero utilizando la televisión, constituyeron los primeros indicadores. Paralelamente la propuesta de la escuela veía mermada sus horas en aras de estos juegos. Luego, las computadoras. La Web y los chats. Los juegos electrónicos interactivos. La multiplicidad de cabinas públicas. La Internet cada vez más al alcance de todos. Multiplicidad de celulares o de teléfonos móviles que, so pretexto de la comunicación permanente, desplazaban el tiempo/espacio especializado, designado por la escribaldad para la comunicación con la familia. Todo ello reemplazado por una comunicación fática del lenguaje. Puramente de contacto. Sin importar ya qué, cuándo, cómo.

La escuela no advirtió el fenómeno. Algunos colegios y universidades invirtieron ingentes sumas de dinero en la robotización de su infraestructura. Creyendo que el asunto era que estábamos frente a una moda o epidérmico lenguaje y que era posible traducir la escribaldad en signos de ese lenguaje. Sin darse cuenta de que ya ellos mismos habían perdido esas categorías escribales, y sin darse cuenta de que se estaba configurando un nuevo universo semántico. Aquel de la electronalidad.

La metáfora oficial no funcionaba para los orales “inferiores”. El problema ahora –para muchos- era tener que admitir que esa “inferioridad” no significaba otra cosa que marginación y discriminación. Porque esa misma metáfora tampoco era entendida por niños y jóvenes que –en modo alguno- podían ser calificados desde el discurso oficial como inferiores. Más aún si estos niños y jóvenes utilizaban una tecnología de punta.

Ante lo evidente, pero siempre con la pretensión de negarlo, se inventaron academias pre-universitarias, cursos de nivelación, lecturas extensionales, separatas reemplazando a libros, propedéuticas. Amaestramientos cada vez más tempranos en los llamados razonamientos verbales y matemáticos. Hasta cursos para enseñar a leer, en las universidades.

Pero la metáfora siguió siendo esquiva a la cognición de las mayorías. Ya no sólo las inferiores, sino ahora las superiores.

Entonces, basta de ejemplos y de refrescar el sentido común de las experiencias cotidianas de lector. Así como antes habíamos señalado que el modo de producción de significado propio de la oralidad era la metonimia, aquella figura de sustitución por contigüidad, nuevamente este modo de producción de significado aparecía ahora en niños y jóvenes adscritos al sistema cultural de la electronalidad. Hay, pues, un corredor de sentido entre la cultura de la oralidad y la cultura de la electronalidad. Y esto es sumamente valioso para la interpretación de la continuidad cultural proactiva en el Perú.

Recordemos a modo de ilustración, un artículo aparecido en *The Wall Street Journal*. Diario de negocios y mercados. Que suele mirar –al menos en teoría- sensibilidades de futuro.

Y allí se describía cómo en algunas iglesias pentecostales de California en los Estados Unidos, los sacerdotes –graduados en universidades como Princeton, por ejemplo– realizaban los oficios religiosos vestidos con trajes africanos, con música tibetana y los fieles se movían de acuerdo a movimientos de actos religiosos orientales. Y no se trataba de una religión recién creada, ni de iglesias de recientes migrantes a los Estados Unidos. Eran iglesias de una religión tradicional, de fieles pertenecientes a clases medias o altas “cultas” de ese país.

Navegar en Internet, chatear, atender simultáneamente a varios paradigmas, predominancia de la sintagmaticidad, del aquí y el ahora. Nuevamente posibilidad de prójimos.

3.

Karl Bühler ya nos decía: “El hombre que ha aprendido a leer e interpretar el universo mediante los sonidos sabe muy bien que el instrumento intermedio constituido por la lengua y sus leyes propias lo aparta de la profusión inmediata que el ojo es capaz de absorber, el oído de oír y la mano de asir” (Bühler, 1967, p.53).

A partir de esta aparentemente simple reflexión de Karl Bühler podemos preguntarnos ¿qué otros elementos concurren a la configuración de sentido entre el sistema cultural de la oralidad y aquel de la electronalidad?

Marshall McLuhan, y en menor medida autores como Claude Levi Strauss y Albert d’Haenens, hacen observaciones sobre cercanías y distancias entre oralidad, escribaldad y electronalidad. Reiteramos que ninguno de ellos habla de modos de producción de significado, cosa que sí consideramos importante como pertinencias de la oralidad y la electronalidad. Pero conviene recordar y aplicar nuestra propia lógica de observación.

La palabra hablada, ciertamente, implica gestualidad y movimiento; en cierta manera teatralidad espontánea. Para seguir una palabra hablada en su hacerse es indispensable emplear todos los sentidos. La vista, el oído, la empatía del olfato y el tacto. En palabras de Bühler, absorber con la visión, oír con el oído, asir con la mano.

Obviamente, la cultura de la oralidad no sabe de monólogos artificialmente dirigidos a otros. La oralidad supone co-presencia, lo que algunos llaman comunicación cara a cara. Y, entonces, participación no sólo con todos los sentidos, sino con “el otro”, de veras.

Y, claro, la comunicación con la palabra hablada exige pre-disposición de los hablantes. Empatía y faticidad permanentes. Soporte de la con-versación, del acto de compartir la versión. De modo que excluida la uni-versalidad unidireccional. Porque todo es atención a varios paradigmas simultáneamente.

Todo esto en un aquí y un ahora. En un contexto real. Punto de referencia permanente de alimentación y verificación de la verdad que se construye.

La escribaldad, lo reiteramos, nos amputó -a la mayoría- la mano izquierda. Escribir era un acto diestro por excelencia. Los sentidos redujeron su cognición y la vista resultó el sentido privilegiado. Leer es un acto visual. Y táctil y hasta olfativo para un auténtico escribal con reminiscencias orales. Para la mayoría significó también una autoamputación sensorial.

Es interesante anotar, como lo señala Angel Rosenblat (Rosenblat, 1962) que las dos únicas formas que se han salvado del doble proceso analógico (del género a la forma y de la forma al género) son las palabras **mano** y **día**. Siguiendo la acomodación de la forma al género, y ya vistas las cosas en diacronía, la terminación en o de la palabra mano debió haber convertido la palabra en un masculino. Como día, por su terminación, debió ser femenino.

Pero como nos interesa el tema de amputación de **la mano** convendría compartir una preocupación desde el inconsciente colectivo de nuestra cultura escribal. Porque ciertamente la imprenta fue un invento de hombres, e implicaba amputación de género común. Pero es muy significativo que el hombre haya amputado un femenino matriz -**la mano**- que había resistido al cambio de género gramatical. ¿Nos atrevimos -con la escribaldad- a amputar la mano porque precisamente era femenina?

Acto solitario por excelencia. Individualista. Yo leo y yo escribo. El nosotros queda reducido a un sentido figurativo, como lo dijimos, marca de autoridad.

La simultaneidad de paradigmas provenientes de la oralidad fue reemplazada por la linealidad. Y la clasificación a partir de funciones fue reemplazada en muchos casos inconscientemente por pre-juicios clasificatorios. El mundo debía entrar dentro de la escribaldad y no al revés.

Por lo demás, la linealidad subrayaba inicios y términos. Marcaba etapas y períodos. De prólogo a epílogo. Una letra sucedía a otra, una palabra igual, una línea sucedía a otra y una página sucedía a otra. Donde el contexto -aun existente- era subsumido con anterioridad por un tema. Dividido en capítulos. Expuesto con una racionalidad inductiva o deductiva.

La electronalidad nos devuelve a los discursos sin fin. A los enjambements con los que caracterizaba Parry el discurso oral. Pues un símbolo y su pulsión conducen a otro y este a su vez a otro, y entonces -ya inmersos en la electronalidad- trabajamos con varios paradigmas a la vez.

Todos nuestros sentidos se activan con la electrónica. La contigüidad de elementos en la pantalla, tanto los presentes como los implícitos (porque no podemos hablar de ausentes)

nos llevan a una búsqueda sin fin. De un tema a otro, por mera contigüidad y poniendo en juego la producción metonímica de significado.

Una suerte de co-presencia a distancia, distancia cada vez menor por la rapidez e integralidad de la tecnología, nos repone la sensación de tener un interlocutor presente. Ya no es el libro individualmente escrito sin destinatario. Uno o varios, creemos encontrar “al otro lado” alguien que nos escucha o nos habla.

De modo que palabra hablada, palabra escrita y palabra electrónica constituyen sistemas culturales, universos semánticos, y, consecuentemente, imaginarios individuales y colectivos. Así es que yerra una vez más la escuela pensando en que la electrónica simplemente es un soporte de traducción para perpetuar la propuesta escrital.

Pero yerran también los investigadores sociales que ven en la electrónica y el mercado un enemigo de la continuidad cultural de la mujer andina. La identificación de semiosis de actividades productivas así lo habrá de decir.

Mientras los supuestos supérstites, hoy solamente vestidos de escribaldad, únicamente alcanzan a leer *abstracts* y resúmenes ejecutivos, muchas veces vaciados de significado, oralidad y electronalidad reconcilian palabra y vida. Es imposible pensar que nuestras instituciones formales moldeen a un individuo escrital llenándolo de separatas y negándole implícitamente el acceso directo a los libros. O escuchando profesores recomendar bibliografía que jamás leyeron. Viviendo en un mundo de puras demostraciones que anulan incluso inducciones y deducciones. Recibiendo de esas instituciones sólo fragmentos de escribaldad incapaces de ser articulados con un todo en un sistema mental. Nada de esto desdice la importancia del sistema cultural de la escribaldad, obviamente cuando este es verdadero y no fatuo, cuando este es gnosis y no mercancía. Cuando hablamos entonces de producción de signos y no de simple consumo.

El correo electrónico, tan frecuente en nuestros jóvenes y para el cual la cultura oral constituye una pre-disposición, es la *parole* saussureana. Acto de habla soportado en un nuevo elemento. Así sabe de contextos, de los “incorrectos” o sea, sabe también de errores ortográficos, de idas y venidas, de contradicciones internas, de espontaneidad. El correo electrónico rechaza el formato del inicio y del final, de la causa y del efecto, de la linealidad, del paradigma rígido, de inducciones o deducciones basadas en la semejanza metafórica. Sabe también, por tanto y en gran medida, del prójimo.

4.

Recordemos que la imprenta fue el primer medio de reproducción industrial en serie, ya desde el Siglo XV. Y como lo señala Marshall McLuhan, este medio dio origen a la mecanización que engendró a su vez la primera revolución industrial. Pero recordemos también que la escritalización plena –más allá de sus cultores privilegiados- escondía un sistema oculto en la escuela: aprender a repetir, obedecer y ser puntuales.

Esas iban a ser las exigencias de la gran revolución industrial. Obreros obedientes, capaces de producir en serie y por largos períodos. Llegando puntuales a las fábricas.

Pero este sistema era oculto. Y, por lo demás, el sistema cultural de la escribaldad tenía –cómo negarlo- sus propios intereses y aspiraciones trascendentes por encima de la

cotidianeidad. De allí que la propuesta oficial de la escuela tuviese una finalidad explícita: el cultivo del llamado pensamiento intelectual. Aun cuando este, y la propia escribaldad, fueron reducidos por largos períodos a citas de citas, a autores que se avalaban mutuamente, de hecho la columna vertebral para el cultivo del llamado pensamiento intelectual fue y sigue siendo el cultivo de las matemáticas y el lenguaje. El razonamiento escribal así lo exigía.

Resulta casi hasta perverso pensar que la asociación lenguaje/lógica de Port Royal en el Siglo XVII fuese desbaratada por el organicismo alemán del Siglo XIX. Y que sin embargo se perpetuase la vieja idea de Port Royal de que lenguaje y lógica eran elementos que se evocaban recíprocamente. Cuando ya la lingüística y los lingüistas sabían perfectamente que la pretensión de logicismo en la enseñanza del lenguaje no sólo era una falacia, sino una brutal manera de eliminar el sentimiento lingüístico de los hablantes, la propia gnosis de la palabra escrita y, en definitiva, la libertad del individuo. Gramática y morfología se siguieron exigiendo, por encima del sentimiento lingüístico de los hablantes, como elementos de cultivo de la logicidad. Y los pobres alumnos tenían que aprender a reconocer un objeto directo al cual el mismísimo profesor no encontraba sustento. A no ser que acudiese al sentimiento lingüístico que a él también le habían anulado.

En este esfuerzo por el cultivo del pensamiento intelectual, lo hemos dicho, hasta el ajedrez se volvió juego-ciencia. Como si para jugar ajedrez las palabras y los números fuesen importantes. Y sabemos que no lo son. Pero como se trataba de un juego casi reservado a élites intelectuales, había que utilizar el adjetivo coherente con el universo semántico de la escribaldad. Ciencia y razonamiento.

A no ser que mediase una determinada situación cultural, los hijos no podían optar por el arte. Pero el arte estaba allí, y había estado desde siempre. Y era prestigiado. Y entonces había que tener cuadros en la casa, esculturas, bibliotecas adornadas con libros de colores. Y hasta invitar a cenar a algún pintor o escritor. Pero muchos se negaron a que sus hijos optasen por ese arte.

Sin embargo, resultaba obvio que esos artistas, ornamentales desde un primitivo punto de vista escribal, no sólo hablaban, y para sorpresa de muchos bien, sino que hasta anticipaban con su arte fenómenos que tardíamente iban a ser racionalizados a través de palabras y números. Breton, Miró y otros surrealistas “escribieron” en su arte el fin de la metáfora y el advenimiento de la metonimia. Mucho tiempo después, y aún tímidamente, hoy hablamos del fin de las ideologías.

Años, muchos años atrás, en el Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT), Rudolph Arnheim –con trabajo de observación, experimentación y empiria social- había hablado ya de la existencia de otro tipo de pensamiento distinto de aquel llamado pensamiento intelectual. En un ya clásico y casi obligatorio referente académico denominado

El Pensamiento Visual.

Partiendo de que pensar es toda operación abstracta conducente a la solución de una situación-problema y ante la comprobación de que no todos los problemas se resuelven por vías lingüísticas y matemáticas, Arnheim y sus seguidores introdujeron el concepto de pensamiento visual. Sensorial, diríamos nosotros. Un artista no soluciona los problemas derivados del enfrentamiento con el lienzo vacío y su inspiración, con pensamiento

intelectual, por ejemplo. Un joven tampoco debe resolver un problema de geometría acudiendo a la repetición mecánica de formas. Un músico no soluciona los problemas que ocasiona la composición de una sinfonía si no es ejercitando un pensamiento muy distinto a aquel llamado intelectual.

Ciertamente, la sola idea de otro tipo de pensamiento, ajeno al de la racionalidad intelectual propia de la escribaldad, ocasionó que la escribaldad oficial ignorase estos descubrimientos del Instituto Tecnológico de Massachusets. Y la escuela, fiel instrumento de la escribaldad hasta nuestros días, creó bonitas frases como educación por el arte. Ocultando la profundidad de la propuesta de Arnheim y del mismísimo Gyorgy Kepes. Nuevamente la palabra arte, finalmente y como antaño, en oposición al pensamiento.

Eisntein, en una carta a su amigo Jacques Hadamard, lo había reconocido. Decía él que los aspectos más creadores de su teoría intelectual, los encontraba más en impresiones visuales e incluso táctiles, que sólo luego verbalizaba o numeralizaba. El brillante físico Hawkins, aun cuando no lo haya expresado explícitamente, es una muestra más de un pensamiento distinto a aquel que cultivamos en la escuela unilateralmente. Pero los atavismos pueden más, a veces, que sus principales cultores. Y estas expresiones sígnicas son ignoradas por la escuela. Que persiste en sus números y palabras.

Aproximémonos de nuevo a la electronalidad y su multisensorialidad. A la vista, al oído y a esa extensión del tacto llamada mouse. Pensemos en niños y jóvenes frente a la computadora. Ciertamente leen instrucciones, pero la esencia de su pensamiento es visual –o sensorial mejor- y el mecanismo de producción de significado que otorga sentido a su relación con la máquina es la metonimia.

La contigüidad de la operación con varios paradigmas simultáneos. Los encandila, finalmente, la posibilidad de producir, no sólo consumir, y aun de producir un prójimo. Ese es el mundo de hoy y de mañana. Y esos mismos recursos humanos son los que nos atrevimos, con una soberbia incalificable, a denominar como inferiores a propósito de la cultura de la oralidad.

¿Sabe por qué los niños y los jóvenes de hoy no se concentran con la misma facilidad de ayer en un tema determinado? La respuesta está en que la producción de significado de niños orales y electrónicos transita por la “marginalidad metonímica”. Una metonimia desatendida por la escuela. Una escuela no atenta a que las propias identidades de niños y jóvenes no son temas, sino construcciones permanentes. Significa que esas construcciones son un discurso sin fin, alimentado de temas infinitos.

Recordemos que, hasta hace no mucho, maestros y psicólogos “adiestraban” a los niños que escribían con la mano izquierda en el uso de la mano derecha. Escribir con la mano izquierda era una anomalía, una marginalidad, casi una patología. Hoy está ocurriendo casi lo mismo con el asunto de la “desconcentración” de los niños y de los jóvenes. Con métodos finalmente conductistas e inquisitoriales, represivos, los queremos volver a nuestra imagen y semejanza. Particularmente diestros. Hoy es sabido que eso no corresponde a patología alguna. Y la desconcentración está más ligada al carácter monocordemente metafórico de la propuesta escrital realizada ante estudiantes metonímicos que a falencias descalificadoras a priori, susceptibles de ser calificadas de patologías.

Es interesante anotar cómo estos niños y jóvenes oficialmente desconcentrados y aun inmotivados, se concentran y motivan –hasta por tres horas y aun en búsqueda de la metáfora- si el discurso del maestro se esfuerza en reconocer y admitir la metonimia. En ejercerla, aun cuando esto sea trabajoso. Obvio que nada se logra usando el término constructivismo que, bajo el pretexto de atender intereses diversos y construir juntos el mal entendido conocimiento, se rige por cosificados objetivos pedagógicos y didácticos. ¿Dónde está la libertad del estudiante?, ¿dónde queda su sentimiento lingüístico?, ¿dónde sus intereses? Y ¿dónde el conocimiento?

En el Perú de hoy, la cultura de la oralidad y la cultura de la electronalidad –aun en el campo, y lógico en las ciudades- signan a la mayoría de los peruanos. Lo que implica pensamiento visual y metonimia. Lo que implica oportunidad de continuidad cultural y reencuentro de imaginarios.

La escribaldad no penetró en el Perú. Precisamente por la existencia de una cultura oral que hoy encuentra un aliado estratégico en la cultura de la electronalidad. La cultura de la oralidad y la metonimia han neutralizado la cultura de la escribaldad y la metáfora. La electronalidad debe servir, a partir de una oralidad argumentada y razonada, para no detenernos en el Siglo XIX.

Tal vez ha llegado el momento, como lo reconoce el propio Luis Jaime Cisneros, de que “... haya llegado la hora de plantear las cosas de otro modo y convenga reemplazar las consabidas preguntas por una desusada manera de preguntar... ¿y si no fuesen correctas nuestras apreciaciones?... ¿quién nos afirma que la única manera de acceder al conocimiento era realmente la lengua escrita? ...quizás haya llegado la hora de reconocer errores en nuestra apreciación del fenómeno y debamos culparnos de ceguera filosófica”.

Tal vez haya llegado el momento de que hagamos el esfuerzo de aprender nuevamente a leer.

BIBLIOGRAFÍA

- BUHLER, Kart
1967 La onomatopeya y la función representativa del lenguaje. En *Psicología del Lenguaje*. Paidós, Buenos Aires.
- D’HAENENS, Albert
2000 *La Sociogenetique*. Institute de Sociogenetique, Louvaine la Neuve.
- MCLUHAN, Marshall
1969 La comprensión de los medios como las extemciones deñ hombre. Editorial Diana, México.
- ROSENBLAT, Angel
1962 Morfología del género en español. Nueva revista de Filología Hispánica, XVI.
- STOCK, Brian
1983 *The implications of literacy: written language and modes of interpretation in eleven and twelfth centuries*. Princenton, UP.

